

SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y CULTURAS JUVENILES:
MODOS DE VIVIR LAS RESTRICCIONES Y LAS POSIBILIDADES (1)

Florencia Saintout
Universidad Nacional de La Plata / FLACSO (Argentina)
florenciasaintout@yahoo.com.ar

Más allá de la enunciación de todos los fines -la historia, el territorio, el sujeto...- pareciera ser que el mundo de los hombres no puede ser vivido sin promesas de lo que vendrá, sin el augurio de lo nuevo. Apocalípticas e integradas, marcadas por la certeza o el desconcierto, plurales u obtusas, las predicciones se suceden a través del tiempo. En esta larga historia, la comunicación ha tenido un lugar privilegiado. O cierta idea de la comunicación, aquella que pretende la transparencia de lo social. Que habla de la adecuación de sentidos y objetos, de la ausencia de ruido: la comunicación como lo que permitiría la eliminación del conflicto. Una condición moral, una idea de bondad que acude a salvar lo humano de los desastres es lo que guía esta definición.

La emergencia de la llamada Sociedad de la Información no está exenta de estos relatos, por lo contrario, la constituyen y marcan su identidad. Llamamos aquí Sociedad de la Información (SI) a una serie de procesos económicos, políticos y socioculturales –en un principio como proyecto ligado a las esferas gubernamentales norteamericanas- que permiten hablar del desplazamiento de un modo de sociedad que basa su sistema de producción en la industria hacia otro donde la información ocupa un lugar central. La información como insumo y como fuerza motriz en la reestructuración de los procesos productivos. La SI supone además un desanclaje en las categorías clásicas de tiempo y espacio, donde las verdaderas arquitecturas de la sociedad mundial son las redes en lugar de las naciones; la producción de bienes y servicios ligadas a la tecnologías de información y comunicación, en lugar de las fábricas. Como una suerte de continuación del proyecto del progreso moderno, se presenta además como un nuevo modelo societario globalizado que promete un futuro de bienestar con carácter universal.

Pero la existencia de la SI no sólo no es lineal y homogénea, sino que por el contrario es polisémica y compleja, y participan de su construcción diversos actores ubicados diferencialmente en el espacio social. Existen múltiples fuerzas que en lucha, en yuxtaposiciones y alianzas, dan sentido a este proyecto que no puede ser pensado sólo a partir de una de sus características que generalmente -ya sea desde su apología o la crítica- tiene que ver con el modo de producción que el proyecto instala. Hablar de SI no sólo no es la única plataforma posible desde donde pensar la sociedad contemporánea, sino que tampoco la esfera de la economía es su única dimensión. Junto a la crítica de un proyecto de hacer sociedad, la pregunta en torno a los modos subjetivos de experimentar y dar sentido a la vida aparece como necesaria para revisar un relato dominante que habla de la uniformidad macroestructural del proceso en una sola dirección.

Pensar en los modos en que la SI es vivida y practicada, dotada de sentidos, permite ver que frente a un proceso homogenizador se erigen múltiples prácticas y discursos que hablan del carácter complejo de la vida social. El aporte de la posibilidad de analizar cómo es que los sujetos perciben y se relacionan de múltiples maneras con la información no es un ejercicio “culturalista”, sino que implica poner en escena la necesidad de entender la diversidad cultural no desde la diferencia exclusivamente, sino sumergiéndola en la materialidad de los intereses y conflictos históricos. Es desde este enfoque que en el presente artículo trabajaremos la relación entre SI y culturas juveniles.

Los estudios de comunicación y el retorno del sujeto

Los estudios de comunicación, institucionalizados en la década de los ochenta en América Latina, van a efectuar un desplazamiento epistemológico que va desde una mirada atenta a la transmisión de la información y sus efectos hacia la producción de cultura como proceso comunicacional. Este desplazamiento se da de la mano de una fuerte crisis de los paradigmas hegemónicos en las ciencias sociales producto de complejísimos elementos en relación con la crisis del proyecto moderno mismo, que pone en escena cuestiones hasta el momento marginales dentro del campo: un renacimiento de la subjetividad; una crítica del poder y saber; una nueva concepción del territorio y de la temporalidad. En fin, un movimiento en los modos de conocer el mundo social hasta el momento hegemónicos y que sitúan a la comunicación dentro de unos marcos claves: de la comunicación como asunto de instrumentos a la comunicación como cuestión de cultura; de la comunicación como cuestión de aparatos y estructuras a la comunicación desde las prácticas; finalmente, de la comunicación sólo como reproducción hacia su invención en los usos sociales.

Es allí donde para los estudios de comunicación se abre una pregunta en torno al lugar de la técnica, y específicamente de la técnica que se piensa ligada a la transmisión de la información. Esta pregunta permitirá la complejización del enfoque sobre los

procesos comunicacionales en la cultura. La técnica deja de ser pensada como instrumento y se asume su carácter de organizador perceptivo. Más que objetos y aparatos en sí mismos, con determinadas funciones, los llamados instrumentos de la información se problematizan a partir de sus espesores culturales y sociales, como lenguajes, como prácticas.

Es en este marco donde nos interesa situar la problemática de la SI: en el pensamiento sobre sus usos, sobre las apropiaciones que del proyecto hacen ciertos actores, en este caso, jóvenes ubicados en distintos lugares dentro del espacio social. Frente a un relato que habla de la centralidad de la información, nos interesa ver el modo en que esto se negocia, se acepta, se mezcla, adquiere sentidos en la vida cotidiana de los jóvenes.

La elección de trabajar con distintos jóvenes parte del supuesto teórico de que no existe un único modo de ser joven, que no existe la juventud como un todo homogéneo, sino que es posible hablar de diferentes jóvenes de acuerdo a la "carga" socio-cultural de la categoría etaria. Pero el carácter simbólico de los jóvenes no es mero signo, construcción cultural separada de las condiciones materiales e históricas que determinan su significancia: la juventud *no es más que una palabra* (Bourdieu 1990) y también, es *más que una palabra* (Margulis, 1996).

Entonces, para hablar de los jóvenes es necesario saltar de una mirada que se basa únicamente en la cuestión etaria hacia cómo es que el dato biológico se encuentra marcado social y culturalmente, lo que permite pensar en la existencia de distintos jóvenes. La condición de juventud no se ofrece de igual forma al conjunto de los integrantes de la categoría estadística joven. Por el contrario, existen diferentes y desiguales modos de ser joven, que marcarán también distintos modos de relacionarse con las estructuras infocomunicacionales de una formación social. Es así que, a manera de *collage*, intentaremos en este artículo dar cuenta de algunos de estos usos, a partir del reconocimiento de la necesidad científico-política de trabajar la dimensión de la diferencia como constitutiva de la identidad, asumiendo que la diferencia es producida socialmente, es portadora de sentido simbólico y de sentido histórico (2).

Accesos diferenciales (desiguales)

Más allá de las profecías de la democratización de la información en nuestras sociedades contemporáneas, el acceso a las estructuras infocomunicacionales y a la información es profundamente desigual. Hoy grandes masas de jóvenes que no sólo no tienen computadoras domésticas ni acceden a sistemas satelitales de televisión, sino que tampoco se relacionan con internet en otros espacios, como los cibers o cabinas públicas.

El dato del acceso desigual no es nuevo y es más complejo aun que el acceso a los equipamientos: tiene que ver con ello, y tiene que ver también con el acceso a ciertos capitales que permitan las competencias de lectura de la información; con el acceso a la construcción de información propia; con el acceso a la visibilización de la información sobre ellos mismos. La enunciación de su primera consecuencia tampoco es nueva: la imposibilidad de hablar de procesos de democratización informacionales y comunicacionales mientras exista la actual asimetría feroz, que no se limita a un campo específico, sino que tiene que ser pensada transversalmente a toda la estructura social.

Pero junto a esta afirmación tal vez sea necesario pensar qué significados sociales de la vida se reconstruyen desde los propios agentes bajo estos condicionantes estructurales. Es decir, cómo es que la asimetría es vivida y dotada de sentido por los jóvenes. En lo que sigue del artículo trabajaremos, entonces, el sentido dado por los jóvenes al acceso y no acceso a las estructuras infocomunicacionales y a la información que a través de ellas circula, deteniéndonos, particularmente, en las lecturas que sobre la información de la propia condición de ser jóvenes se produce en la actualidad.

El mundo sin información

Una de las consecuencias del bajo o nulo acceso a los productos de la llamada Sociedad de la Información de los jóvenes de sectores populares tiene que ver con la carencia de información sobre el mundo. La vida social, para ellos, se reduce al barrio, a la ciudad, o al país, y el país se reduce a lo que conocen por los canales masivos de televisión, generalmente las noticias rojas. La experiencia del mundo a través de las estructuras infocomunicacionales, de la que tanto ha hablado la literatura de las ciencias sociales en los últimos años, no es algo de lo cual puedan dar cuenta. Generalmente, ni siquiera pueden enunciar "problemas globales", ni tampoco relacionar problemáticas locales con una dimensión global.

El mundo, lejos de haberse achicado y hacerse cotidiano, para estos sectores es inmenso y desconocido, perteneciente a otros y de ninguna manera relacionado con sus propias vidas. El mundo es mucho más *distante que próximo* (Ortiz, 2003).

En la mayoría de los casos estos sectores no han sido "alfabetizados" en el lenguaje de los nuevos modos de producción y procesamiento de la información, y entonces no sólo no tienen acceso a la ella, sino que tampoco lo tienen a sus gramáticas, lo que les plantea límites en la lectura. Observa Rossana Reguillo (Reguillo, 2001, p. 66): "La novedad que comportan las culturas juveniles para la vida social estriba no tanto en sus prácticas más o menos disruptivas o irruptivas o en su resistencia a la

socialización, sino fundamentalmente en la velocidad y capacidad de procesamiento de la información que hoy, de manera inédita, circula por el planeta”.

Si una de las claves del modo de lectura propuesto por las llamadas TICs, es el del hipertexto, el del videoclip, que rompe con la lógica espacio/temporal modernas y condensa múltiples discursos en una combinación infinita de ligaduras que reintroducen permanentemente un cambio de sentido, el entrenamiento para hacerlo no se ha dado de igual manera para todos. Las competencias que permiten apropiarse de la información vía otros mapas que no sean las de la decodificación lineal y binaria del mundo no son dones naturales otorgados a unos al azar, sino que se construyen social e históricamente, y esto marca también la brutal desigualdad en el acceso. Podemos decir que no todos los jóvenes son capaces de leer, de pensar y actuar en hipertexto.

La información de aquellos que sí la tienen

Los jóvenes de sectores medios -y por supuesto de sectores más capitalizados material y simbólicamente- en cambio, han incorporado las estructuras infocomunicacionales a la vida cotidiana como así también las claves para su lectura. Estos jóvenes poseen competencias para otorgar sentido a la velocidad, a la fragmentación y a la revuelta de lo que sus adultos conocieron como pasado, presente y futuro.

Las computadoras, internet, y demás forman parte de los paisajes de todos los días, en los hogares, o a través del uso de los cyber, u otros espacios públicos. Los chicos se relacionan fundamentalmente con internet en tres vías: por un lado, en relación con el entretenimiento; por otro, en relación con la trama intersubjetiva de la vida afectiva; finalmente, pero en menor medida, como un apéndice de la educación escolarizada.

Acceden a información sobre la vida social fundamentalmente a través de la radio o de la televisión, y en menor medida, desde los diarios (a medida que avanza la escala social, algunos de ellos “saben” del mundo porque han viajado, o porque sus familias lo han hecho). El mundo es chico, y para muchos de ellos, de acuerdo con los capitales incorporados a lo largo de sus vidas y que ponen en juego en la lectura del mismo, de mayor o menor complejidad.

No se informan a través de internet, o no perciben que internet “sirva para informarse”, sino que entra en sus vidas desde otros registros. Uno de ellos, y tal vez el más fuerte, desde su existencia como dispositivo de la socialidad. Internet les permite la puesta en común con sus pares, lazo social construido básicamente desde la vida afectiva. A través de la conversación, de los correos, los jóvenes intercambian opiniones y noticias sobre ellos mismos, sobre sus sentimientos, sus deseos. “Yo con mis amigas me digo de todo por mail, lo mismo que si estuviéramos en la casa de alguien, en casa, charlando. Pero a la vez es distinto, porque a veces te animás a decir otras cosas, te inspirás más”.

La red no es una tecnología a través de la cual los jóvenes vayan a buscar información, sino que es un dispositivo del juego, del encuentro. En este plano los cyber, centros comerciales que prestan el servicio de varias computadoras conectadas a internet, se erigen como en un espacio necesario de ser incorporado al análisis. Los cyber se han transformado en los últimos tiempos en uno de los lugares privilegiados de encuentro de los jóvenes de sectores medios, y medios bajos. En ellos, grupos de jóvenes se organizan virtualmente para jugar en red interactuando con otros grupos de jóvenes, diseñan estrategias, conversan, se enfurecen, festejan las victorias, se mueven con destrezas en el espacio virtual. El cyber mismo se transforma en un lugar material de encuentro, en un lugar antropológico, cargado de un sentido compartido culturalmente. Aquellos que se dan cita en el cyber lo hacen más allá de disponer de dinero para utilizar las máquinas, más allá de que jueguen o no: participan de una comunidad, seguramente líquida, de dudosa permanencia en el tiempo, pero no por eso menos real.

“No es sólo usar internet... o sea, es como un combo para mí -explica un entrevistado-. Yo cuando me siento en mi computadora, aparte de chatear con mis amigos y conocidos, escucho música, bajo música, entro a foros de mi interés, leo, opino. Pero a la vez me encuentro con mis amigos que están en el cyber, me cuentan cómo están, qué hicieron hoy, cómo les fue en el partido que jugaron el sábado, si van a ir a bailar. Y también queda el plus, de al estar en red, poder jugar un rato a algún lugar con alguno de ellos”.

Uno de los sentidos que los constituye es la certeza de que el cyber es un espacio que está fuera de las regulaciones paternas u escolares. Para estos jóvenes es un espacio de libertad: son ellos los que *saben* cómo moverse, qué está permitido y qué no, son ellos los que deciden cómo se hace. Pueden *perder el tiempo*, manejarse con otras dimensiones del tiempo que no son ni las de la productividad ni la del ocio permitido porque es otra temporalidad. Ni los padres ni por supuesto los maestros, saben o pueden comprender de qué se trata el *ir al cyber*: los adultos, que sí pueden normativizar otras esferas de sus vidas, en esta no tienen intromisión.

Es así como las tecnologías infocomunicacionales son leídas por estos jóvenes como dispositivos que les posibilitan encontrarse con la propia subjetividad sin marcos de constricción, con reglas de juego puestas por ellos, horizontalmente, sin que les hablen desde fuera. Sin duda la existencia de estos nuevos espacios de socialidad que en las clases medias (2) parecieran ir

reemplazando al barrio y a la esquina, es necesario pensarla y problematizarla. Para esto agregamos un elemento más: frente a la posibilidad de asumir las percepciones de los propios jóvenes como evidencias sólo de un uso creativo de la tecnología, frente a los relatos en relación con la libertad, proponemos oponer la presencia fuerte de un mercado que tiende sus propias leyes para enmarcar estos usos. Hace un tiempo Mario Margulis hacía una crítica observación a las percepciones que sobre la cultura de la noche como una cultura de la libertad construían los jóvenes. Decía Margulis (Margulis, 1997, p. 17): “Es simulacro la fiesta y es relativa la liberación; los poderes están presentes de modo notorio y opresivo. Los jóvenes no ofician su propia fiesta, no crean sus reglas, no regulan su espacio; son actores en un teatro ajeno, consumidores dentro de un género que les ofrece alguna posibilidad de elección, pero siempre aceptando reglas que no han creado, rígidas formas de exclusión o admisión, códigos a los que hay que someterse, adaptarse, mimetizarse, para ser elegible, tener éxito, ser miembro”. Observaciones similares se podrían hacer frente a la proposición de pensar el cyber como un espacio de creación y libertad. Pero sabemos que entre la estrategia y la táctica (de Certeau, 1997), entre la cuadrícula y sus usos –clandestinos, fugaces, aprovechando la coyuntura- se habita y se marca un lugar, aunque sea el del Otro.

La información sobre los jóvenes y los jóvenes con su información

Finalmente, nos interesa indagar en este artículo cómo es que junto a los usos y accesos a la información de los jóvenes, aparece el problema de la información que sobre los mismos circula y se construye desde las estructuras infocomunicacionales: qué información se construye sobre los jóvenes y qué hacen los jóvenes con ella.

La pregunta por los modos en que los jóvenes son nombrados, acerca del tipo de información que sobre ellos se divulga y construye, habla del lugar que toda una sociedad les otorga dentro del espacio social. Hoy los relatos sobre la condición juvenil aparecen con una visibilidad como nunca en la historia; sin embargo, cabe señalar como el In(formarlos) de un modo o de otro podría hablar claramente de la línea que marca su inclusión o no dentro del espacio público. A esta altura sabemos muy bien como la visibilización no implica por sí misma, de ningún modo, la inclusión, pero también sabemos que lo que las industrias de la información construyen contribuye decididamente en las estrategias que diferentes actores se dan para legitimar los modos de nombrar la vida. En momentos históricos como el actual, donde muchos procesos de lucha y resistencia se dan en el terreno de la cultura, seguramente más como actuaciones que como acciones pero no por ello sin ningún tipo de eficacia material, se vuelve relevante la mirada sobre los discursos posibles desde la llamada Sociedad de la Información.

Podemos decir que en la actualidad aquello que se in(forma) sobre la juventud es múltiple y variado, aunque claramente podríamos pensar en tres grandes condensaciones de sentido: los jóvenes exitosos, los jóvenes desinteresados y los jóvenes peligrosos.

Los jóvenes del consumo

El primer modelo es aquel que habla de la juventud ligada a la idea del joven/consumidor, que adquiere su identidad a partir de una relación exitosa con los bienes ofrecidos por el mercado; que responde a cierto prototipo físico (blancos, altos, flacos, que trabajan el cuerpo) y que se mueve en el mundo a partir de acciones individuales. Son jóvenes cuyos problemas están ligados a esferas puramente subjetivistas, que giran en torno al amor de pareja, los conflictos intergeneracionales, y el grupo de amigos. Cualquier referencia a preguntas de corte social o político, o que vayan más allá de la individualidad está absolutamente ausente. Este modo de nombrar la condición juvenil constituye claramente aquel que el modelo político-económico neoliberal necesita para su reproducción y desde los dispositivos infocomunicacionales se refuerza y multiplica en infinito juego de espejos a través de diferentes relatos.

Generalmente, los jóvenes de diferentes sectores se relacionan con estas imágenes a través de productos de las industrias culturales ligados al melodrama, y manifiestan su identificación con ellas. Dicen identificarse fundamentalmente con sus problemáticas, aunque obviamente, y esto es absolutamente claro en los jóvenes de sectores populares, las vidas de los “jóvenes de la tele” tienen muy poco que ver con las suyas. Pero tal vez sea necesario pensar cómo es que, junto al peso insoslayable de un discurso dominante y sus efectos como discurso hegemónico, las industrias culturales han sabido interpelar a los jóvenes desde una fachada de simetría, desde un “de igual a igual”, muy distinto a los discursos verticales que tanto desde la escuela, el estado o a veces hasta desde la propia familia se los convoca. Las industrias culturales, además, han sabido comprender claramente la temporalidad definida por el presente de las llamadas culturas juveniles, mientras que la escuela o el Estado, siguen pensado a la juventud como una categoría de tránsito y entonces convocan a los jóvenes para el futuro cuando ellos no saben claramente cómo darle nombre.

Los jóvenes desinteresados

El segundo modo de informar una identidad joven es la que llamamos la de los jóvenes del desinterés, aquellos que por diferentes razones no tienen un lugar cómodo o, en ocasiones, simplemente no tienen lugar dentro del presente de la sociedad y hacia el futuro. Aquí hay dos vías de construcción: la que ubica a los jóvenes en la apatía y el desinterés, y la que los sitúa en la condición de vulnerabilidad.

El relato de que a los jóvenes nada les interesa se viene construyendo desde mediados de los ochenta y hoy es una de las verdades explicitadas de manera más contundente en distintos espacios. Cuando se dice nada, significa: no les interesa la política, no les interesa los valores de sus padres, no les interesa la familia, la escuela, un mundo mejor al actual, etcétera. Los relatos mediáticos de los jóvenes desinteresados, muestran a unos jóvenes que sin diferencia de sector social se entregan al ocio no planificado, eterno, abúlico, que en su abrumadora existencia los encierra en sí mismos y les hace perder el discernimiento entre lo bueno y lo malo. Así, son propensos a “malas compañías”, “malos hábitos”, dejando de lado en el camino una entrada al mundo público bajo las vías en que lo hicieron sus mayores. El tratamiento de este tipo de hechos se complementa diariamente con las noticias de la relación entre jóvenes y alcohol; jóvenes y violencia; drogas; jóvenes que no saben qué quieren y que nada de lo público les interesa; padres perdidos y maestros desahuciados.

En síntesis, los jóvenes se presentan desde distintos discursos como apáticos, individualistas, distanciados de las problemáticas sociales, perdidos en un ocio eterno, y finalmente entonces como propensos y disponibles al descontrol. Es allí donde radica el temor y la necesidad del rescate.

Aquí es necesario plantear la existencia de la juventud desde su inscripción en una formación social más amplia que la de su propia generación para no perder de vista la conexión con el conjunto del cual forman parte. Para decirlo de una manera un poco terminante: no se puede hablar de los jóvenes sin remitir a la sociedad que integran. Lo cual nos sitúa, entre otras cuestiones, en la necesidad de relacionar el desinterés de los jóvenes con el desinterés que por las cuestiones públicas manifiesta en esta época una sociedad toda, y en ese caso, ver desde allí la particularidad.

Pero además quedará por preguntarnos cuánto de respuesta profundamente política y comprometida con el mundo que estamos viviendo es en sí misma esta aparente apatía y despolitización (Beck, 1999). Porque a contramano de los relatos que toma y revivifica la televisión sobre el desinterés, encontramos que los propios jóvenes sí manifiestan interesarse, apasionarse incluso con cuestiones como la lealtad con sus amigos, lo que llaman sus “códigos”, ciertas músicas. A la juventud la conmueve aquello que la política excluye: el amor, el arte, la trascendencia, la diversión. Y aunque rompa con principios de sacrificio, en pos de la subjetivación, el interés personal no es vivido como opuesto a la solidaridad.

Los jóvenes peligrosos

Pero si los jóvenes del apartado anterior, principalmente de sectores medios, todavía pueden ser salvados, rescatados, existen otros jóvenes que son contruidos simbólicamente y materialmente a partir de la necesidad de su extirpación del cuerpo social. Son los jóvenes de los cuales no sólo ya nada se puede esperar, sino que además hacen peligrar lo que nuestras sociedades han valorado como necesario de ser conservado: la vida, la coexistencia pacífica, el orden, la propiedad privada.

Sin lugar a dudas estos jóvenes pertenecen a sectores excluidos de la sociedad, que no sólo no han tenido acceso a la ciudadanía, sino que en muchos casos son hijos de una o dos generaciones de no/ciudadanos. Jóvenes que hoy ni siquiera son alcanzados por los vestigios de un estado de bienestar en franco retiro desde la década del setenta y que han quedado afuera de las instituciones que durante años venían cohesionando la vida social y que actuaban protegiéndolos y encauzándolos: familia, escuela, trabajo.

Así, en los últimos años, se ha informado desde la satanización de nuevos actores surgidos en el espacio público como la de los pibes chorros, o la de los maras argentinos, cuya identidad, se afirma, está dada por cierta propensión a la violencia y el delito. Los medios, a través de mecanismos de simplificación extrema han presentado esta característica absolutamente deshistorizada, casi como un componente aberrante, pero natural de la socialidad contemporánea.

A estos jóvenes para los que no hay una política clara de inclusión y que son los más vulnerables en un contexto de incertidumbre extrema como el que se está viviendo, se les teme justamente porque se asume que están por fuera de toda regulación social: nadie puede poner un límite, controlar lo salvaje. Se los nombra a partir de la idea de que su peligrosidad estriba en que “nada tienen que perder”, en que “no tienen futuro y por lo tanto pueden ir por el suyo”. La construcción de unos jóvenes violentos ligados al delito, ubicados claramente como los jóvenes excluidos, encubre la complejidad del origen social de la violencia urbana y adjudica la responsabilidad de la misma a ellos. Se narra una perversión casi natural de estos jóvenes que de alguna manera, en un paradójico juego entre el pánico y la tranquilidad (casi se podría pensar que son perversos congénitamente, lo que tranquiliza ya que no son contagiosos), anticipa el conjuro: una sociedad que parece unificarse sólo a partir de la demanda de más represión. En la misma línea de criminalización de los jóvenes pobres es que también se incorpora la criminalización de la

protesta social de los sectores excluidos integrada esencialmente, también, por jóvenes. Así, desde otro ángulo, éstos aparecen también en las noticias del desborde, como actores privilegiados de los disturbios, denunciados por sus caras tapadas en las que no se lee el temor a la represión, sino más bien un rasgo de lo salvaje. Las edades de los muertos por las fuerzas de seguridad estatales en las protestas sociales durante los años de democracia hablan de esta realidad.

La pregunta que nos interesa desde el enfoque en el cual nos hemos situado en este artículo -el de los usos sociales de las estructuras infocomunicacionales y la información que a través de ellas se produce- nos vuelve nuevamente a los modos de relación que con estos relatos tienen los jóvenes. Podríamos decir que en líneas muy generales aquí hay dos grandes vías de lectura de la asociación jóvenes/peligrosidad. Una, es aquella que la asume como verdadera, que los jóvenes tanto de sectores medios y altos como desde los propios jóvenes de sectores excluidos, reproducen como discurso dominante. En un grupo de discusión conformado por jóvenes mujeres y varones de diferentes sectores sociales, una chica proveniente de una familia situada por debajo de la línea de pobreza, lo expresaba de esta forma: “El lugar donde vivo está lleno de pibes que ya no pueden recatarse (3). Yo sé que no me tengo que acercarse a ellos, me dan miedo”.

Pero la otra línea de lectura es la que transforma el estigma, ser peligroso, estar perdido, en emblema de identidad. En los últimos años hemos asistido a la proliferación de un discurso que en un uso táctico, asume la identidad de juventud peligrosa, muchas veces nombrada como delincuente, y resignifica su lugar de carencia situándola como capital: “Ellos son los chetos, nosotros los chorros”, sumado al grito de guerra “¡aguante el pibe chorro!”.

Introduciendo elementos de muy diversa índole, donde conviven esquemas de una cultura autoritaria y machista con prácticas de subversión del orden dominante, parte de estos jóvenes que en muchas ocasiones no poseen la ciudadanía ni política, ni social ni cultural, toman la información que sobre ellos circula moldeándolos a partir de la condición de la identidad deteriorada y la transforman en plataforma desde la cual enfrentar un mundo que se les hace cada día más adverso.

Pensar el lugar de la información desde sus usos sociales permite, entonces, en relación con las culturas juveniles, ver cuánto hay de aceptación pero también de negociación e impugnación de aquello que aparentemente circula existe en una sola vía, bajo un único sentido.

A modo de cierre

Hemos tratado de hablar, a manera de *collage*, de algunos de los usos sociales de la llamada Sociedad de la Información: de la relación de los jóvenes con un proyecto de sociedad que sitúa la información y sus estructuras en el centro de la escena.

Dijimos que este proyecto no puede ser pensado sólo a partir de una de sus aristas o desde la crítica en una sola vía. Nos interesó en el artículo partir de aquello que aparece con el carácter absoluto de la evidencia -“la SI está, es”- para hablar de sus modos de existir, que no van en una sola dirección y que no pueden ser abordado desde único enfoque, porque su construcción se inscribe en una compleja constelación de fuerzas y actores. Salirse del determinismo tecnológico, y pensar en los usos sociales de las estructuras infocomunicacionales y sus productos, y en este caso particular en los usos que realizan los jóvenes, nos abre la posibilidad de explorar no sólo cuánto hay en ellos de reproducción de ciertos órdenes del mundo dominantes, sino también cuánto hay de recreación e impugnación.

Con toda seguridad estas vías de acceso a la problematización de las múltiples relaciones y prácticas es sólo una pequeña porción del mapa de preguntas que la cuestión requiere para ser atendida. Pero a su vez, aporta elementos a un enfoque sociocultural que intente criticar la idea de la SI como tecnoutopía de una comunidad global homogénea, sin fisuras. Más allá de este sentido común que circula como vulgata planetaria, y que fetichiza la SI como plataforma natural desde la cual nombrar el estatuto actual de lo social, poner en escena actores y usos, posibilita mover de lugar las enunciaciones aparentemente cerradas de un proyecto aún “nada cerrado”, del cual su destino no está absolutamente dicho.

Notas

(1) Este artículo es un avance de investigación de la tesis de doctorado en Ciencias Sociales, FLACSO.

(2) Esto no sucede en los sectores más bajos, donde la calle sigue siendo por múltiples razones el territorio básico del encuentro, y el cyber es un lugar al que tienen prohibido el acceso ciertos jóvenes portadores de “identidades deterioradas”. Explicaba el dueño de un cyber frente a la pregunta de por qué la puerta se abría sólo desde adentro: “Yo observo y decido quién entra. Con los robos que hay, si el pibe tiene pinta de chorro, de sacadito, no le abro, le digo que las máquinas están ocupadas, qué sé yo, que venga después, y después no viene”.

(3) “Recatarse” es una deformación de rescatarse, de rescatarse para no perderse, para salir del riesgo.

Bibliografía

Alfonso, Alfredo (2003) Coordinador: La sociedad de las TICs, Nuevas Tecnologías de comunicación, Tram(p)as de la

comunicación y la cultura, La Plata, FPYCS, UNLP.

Beck, Ulrich: (1999) Hijos de la Libertad, FCE, Argentina.

Bourdieu Pierre (1990): La juventud no es más que una palabra, en Sociología y Cultura, Grijalbo México.

Certeau, Michel de (1997): La invención de lo cotidiano, UIA, México.

Croce, Alberto (2001): Desde la esquina, Aprendiendo junto a los adolescentes con menos oportunidades, Ediciones Ciccus, Fundación SES, Buenos Aires.

Isla A. y Miguez, Daniel (2003): Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa, Editorial de las ciencias, FLACSO, Buenos Aires.

Margulis, Mario (1997): La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires. Editorial Biblos, Buenos Aires, p.17.

Mattelart, Armand (1995): La invención de la comunicación, Bosch, Barcelona.

Ortiz, Renato (2003): Lo próximo y lo distante.

Sidicaro, R. y Tenti Fanfani (1998): La Argentina de los jóvenes, entre la indiferencia y la indignación, UNICEF, Losada, Buenos Aires.

Vallespier, Alejandra (2002): La policía que supimos conseguir, Planeta, Buenos Aires.

Reguillo, Rossana (2000): Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto, Norma, Buenos Aires, p. 66.

Urresti, Marcelo (2002): Generaciones, en Altamirano C.: Términos Críticos de sociología de la cultura, Paidós, Buenos Aires.